

***VERDADERA Y
FALSA
URBANIDAD***

Benito Jerónimo Feijoo

Freeeditorial 

I

Esta voz *urbanidad* es de significación equívoca. Así, leída en diferentes autores, y contemplada en distintos tiempos, se halla que significa muy diversamente. Su derivación inmediata viene de la voz latina *urbanus*, y la mediata, de *urbs*; mas no en cuanto esta voz significa *ciudad* en general, sino en cuanto, por antonomasia, se apropia especialmente a la de Roma.

Es el caso, que la voz *urbanus* tuvo su nacimiento en el tiempo de la mayor prosperidad de la república romana, lo que se colige claramente de que Quintiliano dice, que en tiempo de Cicerón era nueva esta voz: *Cicero favorem, et urbanum nova credit*. Entonces fue cuando la voz genérica *urbs*, que significa *ciudad*, se empezó a apropiarse antonomásticamente a Roma, a causa de su portentosa grandeza. Como al mismo paso que Roma empezó a reinar en el mundo, empezó a reinar en ella aquel género de cultura y policía, que los romanos miraban como excelencia privativamente suya, empezaron a visarse de la voz *urbanus*, para significar aquella cultura, concretada, no sólo al hombre, mas también al modo y estilo en quien resplandecía esa prenda; *homo urbanus, sermo urbanus*, y de la voz *urbanitas* para expresar abstractamente la misma prenda.

Pero a la cultura significada por la voz *urbanitas*, no todos daban la misma extensión. Cicerón (como se conoce en su libro *De claris oratoribus*) la restringía a un género de gracia en el hablar, que era particular a los romanos.

Quintiliano reconoce aquella gracia en el hablar propia de los romanos, que dice consiste en la elección de las palabras, en su buen uso, en el decente sonido de la voz; la reconoce, digo, no por el todo, sino por parte de la urbanidad. Así añade, como otra parte suya, alguna tintura de erudición, adquirida en la frecuente conversación de hombres doctos: *Nani, et urbanitas dicitur, qua quidem significari sermonem praeseferentem in, verbis, et sono, et usu proprium quendam gustum urbis, et sumptam ex conversatione doctorum tacitam eruditionem, denique cui contraria sic rusticitas.*

Domicio Marso, autor medio, en cuanto al tiempo en que floreció entre Cicerón y Quintiliano, que escribió un *Tratado de la urbanidad*, cuya noticia debemos al mismo Quintiliano, echando por otro rumbo, constituyó la urbanidad en la agudeza o fuerza de un dicho breve, que deleita y mueve los ánimos de los oyentes hacia el afecto que se intenta, aptísima a provocar o resistir, según las circunstancias de personas y materias: *Urbanitas est virtus quaedam in breve dictum coacta, et apta ad delectandos, movendosque in omnem affectum animos, maxime idonea ad resistendum, vel lacesendum, prout quaeque res, ac persona desiderant*. Definición verdaderamente confusa y que, o no explica cosa, o sólo explica una idea particular del autor, distinta de todo lo que hasta ahora comúnmente se ha entendido, por la voz *urbanidad*.

Los filósofos morales que han trabajado sobre la admirable *Ética* de Aristóteles, miraron esta voz coma correspondiente a la griega *eutrapelia*, de que usó Aristóteles para expresar aquella virtud que dirige a guardar moderación en la chanza, y cuyos extremos viciosos son la rusticidad por una parte, y por otra la escurrilidad o truhanería. Así nuestro cardenal Aguirre y el conde Manuel Tesauro.

Mas esta acepción de la voz *urbanitas* no está en uso, como ni tampoco la de *rusticidad*, extremo suyo. Llámase chancero, no urbano, al que es oportuno y moderado en la chanza; ni tampoco el que nunca la usa se llama rústico, sino seco o cosa semejante.

II

Viniendo ya a la acepción que tiene la voz *urbanidad*, en los tiempos presentes y en España, parece ser que generalmente se entiende por ella lo mismo que por la de *cortesanía*; pero es verdad que también a esta voz unos dan más estrecho, otros más amplio significado. Hay quienes por cortesano entienden lo mismo que cortés; esto es, un hombre, que en el trato con los demás usa del ceremonial que prescribe la buena educación. Mas entre los que hablan con propiedad, creo se entiende por hombre cortesano, o que tiene genio y modales de tal, el que en sus acciones y palabras guarda un temperamento, que en el trato humano le hace grato a los demás. Tomada en este sentido la voz española *cortesanía*, corresponde a la francesa *politesse*, a la italiana *civilità*, y a la latina *comitas*.

La derivación de *cortesanía* es análoga a la de *urbanidad*. Así como ésta se tomó de la voz *urbs*, aplicada a Roma, capital entonces de una gran parte del mundo, en la cual florecía la cultura, que los romanos explicaban con la voz *urbanitas*; la voz *cortesanía* se derivó en España de la *corte*, en la cual, según comúnmente se entiende, se practican con más exactitud que en otros pueblos todas aquellas partes de la buena crianza, que explicamos con la voz *cortesanía*.

Tomada en este sentido la *urbanidad*, yo la definiría de este modo: «Es una virtud o hábito virtuoso, que dirige al hombre en palabras y acciones, en orden a hacer suave y grato su comercio o trato con los demás hombres». No me embarazo en que algunos tengan la definición por redundante, pareciéndoles que comprehende más que lo que significa la voz *urbanidad*. Yo ajusto la definición a la significación que yo mismo te doy, y que entiendo es común entre los que hablan con más propiedad. Los que se la dan más estrecha definen la *urbanidad* de otro modo. Las disputas sobre definiciones, comúnmente son cuestiones de nombre. Cada uno define según la acepción que da a la voz con que expresa el definido. Si todos se conviniesen en la acepción de la voz, apenas discreparían jamás en la definición de su objeto. El caso es que muchas veces, una misma voz, en diferentes sujetos excita diferentes ideas, y de aquí viene la variedad de definiciones.

Es cierto que los que llaman modos cortesanos, todos se ordenan al fin propuesto, y no son otra cosa más que unas maneras de proceder en todo lo exterior, en quienes nada haya de indecente, ofensivo o molesto, antes todo sea grato, decente y oportuno.

Está la urbanidad, como todas las demás virtudes morales, colocada entre dos extremos viciosos: uno en que se peca por exceso, otro por defecto. El primero es la nimia complacencia, que degenera en bajeza; el segundo, la rigidez y desabrimiento, que peca en rusticidad.

III

Así como no hay virtud, cuyo uso sea tan frecuente como el de la urbanidad, así ninguna hay que tanto se falsee con la hipocresía. Hay muchos hombres, que teniendo pocas o ninguna ocasión de ejercitar algunas virtudes, al mismo paso carecen de oportunidad para ser hipócritas en la materia de ellas. En materia de urbanidad, así como todos pueden tener el ejercicio de la virtud, pueden también trampearlo con la hipocresía. En efecto, los hipócritas de la urbanidad son innumerables. Hierven los pueblos todos de expresiones de rendimiento, de reverencias profundas, de ofertas obsequiosas, de ponderadas atenciones, de rostros halagüeños, cuyo ser está todo en gestos y labios, sin que el corazón tenga parle alguna en esas demostraciones; antes bien ordinariamente está obstruido de todos los afectos opuestos.

¿Mas qué? ¿La urbanidad ha de residir también en el corazón?. Sin duda, o por lo menos en él ha de tener un origen. De otro modo, ¿cómo pudiera ser virtud? Dicta la razón que haya una honesta complacencia de unos hombres a otros. Cuanto dicta la razón es virtud. Pero ¿sería virtuosa una complacencia mentida, engañosa, afectada? Visto es que no. Luego la urbanidad debe salir del fondo del espíritu. Lo demás no es urbanidad, sino hipocresía, que la falsea. Una alma de buena casta no ha menester fingir para observar todas aquellas atenciones de que se compone la cortesanía, porque naturalmente es inclinada a ellas. Por propensión innata, acompañada del dictamen de la razón, no faltará en ocasión alguna ni al respeto con los de clase superior a la suya, ni a la condescendencia con los iguales, ni a la afabilidad con los inferiores, ni al agrado con todos, testificando, según las oportunidades, ya con obras, ya con palabras, estas buenas disposiciones del ánimo, en orden a la sociedad humana.

No ignoro, que comúnmente se entiende consistir la urbanidad precisamente en la externa testificación, ya de respeto, ya de benevolencia, a los sujetos con quienes se trata. Mas como esa testificación faltando en el espíritu los afectos que ella expresa, sería engañosa, no puede por sí sola constituir la urbanidad, que es un hábito virtuoso. Así, para constituirla, es necesario que la testificación sea verdadera, que viene a ser lo mismo que decir, que

la urbanidad incluye esencialmente la existencia de aquellos sentimientos, que se expresan en las acciones y palabras cortesanas.

IV

Es cierto que las cortes son unas grandes escuelas públicas de la verdadera urbanidad; pero en cuanto al ejercicio, se ha mezclado en ellas tanto de falsa, que algunos han contemplado a ésta como la únicamente dominante en las cortes. Creo, que sin injuria de otra alguna, podré calificar por las dos cortes más cultas del mundo, en la antigüedad a Roma, en los tiempos presentes a París. Oigamos ahora a los autores, de los cuales uno practicó mucho la corte de Roma, y otro la de París. El primero es Juvenal. Éste claramente insinúa, que en Roma, el que no fuese mentiroso y adulador no tenía que esperar, ni aun que hacer:

Quid Roma faciam? Mentiri nescio: librum

Si malus est, nequeo laudare, etc.

El segundo es el abad Boileau, famoso predicador del gran Luis XIV. Éste, en el libro que intituló *Pensamientos escogidos*, hizo una pintura tal de la corte de París, que muestra que la urbanidad de ella, no sólo degenera en simulación, mas aun (supónese que no en todos) en alevosía. Dice así:

«¿Cuáles son las maneras de un cortesano? Adular a sus enemigos mientras los teme, y destruirlos cuando puede; aprovecharse de sus amigos cuando los ha menester, y volverles la espalda en no necesitándolos; buscar protectores poderosos, a quienes adora exteriormente, y desprecia frecuentemente en secreto.

»La urbanidad cortesana consiste en hacerse una ley de la disimulación y del dolo; de representar todo género de personajes, según lo piden los propios intereses; sufrir con un silencioso despecho las desgracias, y esperar con una modestia inquieta los favores de la fortuna.

»En la corte, por lo común, nada hay de sinceridad, todo es engaño; hacer malos oficios a la sordina unos a otros; fabricar enredos, que nadie puede desañar; padecer mortales disgustos bajo un semblante risueño; ocultar bajo una aparente modestia, una soberbia luciferina. Frecuentemente en la corte no es permitido amar lo que se quiere, ni hacer lo que se debe, ni decirlo que se siente. Es

menester tener secreto para guardar los sentimientos, facilidad para mudarlos. Se ha de alabar, vituperar, amar, aborrecer, hablar y vivir, no según el dictamen propio, mas según el antojo y capricho ajeno.

»¿Cuáles son más las maneras de un cortesano? Disimular las injurias y vengarlas; lisonjear a los enemigos y destruirlos; prometer todo para obtener una dignidad, y no cumplir nada en lográndola; pagar los beneficios con palabras, los servicios con promesas, y las deudas con amenazas. En la corte se adora la fortuna, y al mismo tiempo se maldice; se alaba el mérito y se desprecia; se esconde la verdad y se ostenta la franqueza.»

Pienso que de esto hay mucho en todo el mundo; pero es natural haya más en las cortes, porque son en ellas más fuertes los incitativos para los vicios expresados. No hay apetito que allí no vea muy cerca y en su mayor esplendor el objeto que le estimula. El ambicioso está casi tocando con la mano los honores, el codicioso las riquezas. Los pretendientes se están rozando unos con otros, los émulos con los émulos, los envidiosos con los envidiados. El valimiento del indigno está dando en los ojos del benemérito olvidado, el manejo del inhábil altamente ocupado, en los del hábil ocioso. Y aunque el modesto, viéndolo esto de lejos, o constándole sólo de oídas, podrá razonar sobre la materia, como filósofo, teniéndolo tan cerca, apenas acertará a hablar, sino como apasionado. Así es casi moralmente imposible, que los corazones de los desfavorecidos no estén en una continua fermentación de tumultuantes sentimientos, a que se siga, no tanto la corrupción de los humores, como la de las costumbres.

Sin embargo, se debe entender, que los dos autores citados hablan en tono, cuya solfa siempre levanta mucho de punto el mismo mal que reprende. Hay en las cortes mucho de malo, también hay mucho de bueno. Las quejas de que el mérito es desatendido, frecuentemente no son más que unos ayes, que precisamente significan el dolor del corazón de donde salen. El mismo que se lamenta del desgobierno, mientras no pasa del zaguán de la casa del valido, aplaude su conducta en subiendo al salón; señal de que sólo, mira como mal gobierno el que le es adverso, y como bueno al que es favorable. En todos tiempos he oído hablar muy mal del ministerio; pero ¿a quiénes? A

pretendientes importunos, que no podían alcanzar lo que no merecían; a litigantes de mala fe, doloridos de verso justísimamente condenados; a delincuentes multados según las leyes; a ignorantes preciados de entendidos, que sin más escuela que la de uno u otro corrillo, dan voto en los más altos negocios políticos y militares; a necios que imaginan, que un buen gobierno puede lograr el imposible de tener a todos los súbditos contentos o hacerles a todos felices.

Ni mi genio, ni mi destino me han permitido tratar a los ministros más altos; pero a sujetos sinceros y de conocimiento, que los han tratado, oí hablar de ellos en lenguaje muy diferente del del vulgo, ya en orden a sus alcances, ya en orden a sus intenciones. Ni ¿cómo es creíble que los príncipes, que suelen tener más instrucción política que los particulares, sean tan inadvertidos, que frecuentemente para el gobierno echen mano de hombres, o ineptos o mal intencionados? En caso que en la elección se engañasen, los desengañaría muy presto la experiencia, y entonces los precipitaría a de la altura a que habían ascendido. Así, para mí es verisímil que ministro alguno, destituido de todo relevante mérito, ocupe por mucho tiempo el lado del soberano.

De ministros inferiores (en que entiendo los togados de las provincias) he tenido bastantísima experiencia; y protesto, que en cuanto contiene el ámbito del siglo, ésta es por lo común la mejor gente que he tratado. Por lo común digo, por no negar que también se encuentran en esta clase uno u otro, ya de poca rectitud, ya de mucha codicia. De lo que son los togados de las provincias, colijo lo que serán los de la corte. Parece natural, que cuanto es mayor el teatro y más sublime el puesto, tanto más les estímulo el honor a no cometer alguna bajeza. Conspiran a lo mismo, la cercanía del príncipe, y la multitud de jueces de una misma clase, porque son unos recíprocos censores, que están siempre a la vista.

V

No creo, pues, ni a una mitad de lo que se dice del abandono que padece el mérito en las cortes. Pero, entre los pretendientes sin mérito, que concurren a ellas en gran número, bien me persuado haya un hervido illa de chismes, embustes, trampas y alevosías, que no explicarán bastantemente las más ponderativas declamaciones. Ésta es una milicia de Satanás, que por la mayor parte sirve al diablo sin sueldo. Son unos galeotes de la tierra y juntamente cómitres unos de otros, que no sueltan jamás de la mano, ni el remo, ni el azote, por llegar cuanto antes al puerto deseado. Son unos idólatras de la fortuna, a cuya deidad sacrifican por víctimas los compañeros, los parientes, los amigos, los bienhechores, y en fin, a sí mismos o sus propias almas. ¿Qué no se puede esperar, o qué no se debe temer de hombres de este carácter?

Yo estuve tres veces en la corte; pero, ya por mi natural incuriosidad, ya porque todas tres estancias fueron muy transitorias, tan ignorante salí de las prácticas cortesanas, como había entrado. Sólo una cosa pude observar, perteneciente al asunto que tratamos, y es, que allí, más que en los demás pueblos que ha visto, la urbanidad declina a aquella baja especie de trato hipócrita, que llamamos zalamería. Mil veces la casualidad ofreció esta experiencia a mis ojos. Mil veces, digo, vi al encontrarse, ya en la calle, ya en el paseo, sujetos de quienes me constaba se miraban con harta indiferencia, y aun algunos con recíproco desprecio, alternarse en ellos como a competencia las más vivas expresiones de amor, veneración y diferencia. Apenas salía alguna palabra de sus bocas, que no, llevase el equipaje de algunos afectuosos ademanes. Vertían tierna devoción los ojos, manaban miel los labios; pero al mismo tiempo la afectación era tan sensible, que cualquiera de mediana razón conocería la discrepancia de corazones y semblantes. Yo me reía interiormente de entrambos, y creo que entrambos se reían también interiormente uno de otro.

Vi en una ocasión requebrarse dos áulicos, con tan extremada ternura, que un portugués podría aprender de ellos frases y gestos para un galanteo. Ambos tenían empleo en palacio, por cuya razón no podían menos de carearse con mediana frecuencia. No había entre ellos amistad alguna; sin embargo, las expresiones eran

propias de dos cordialísimos amigos que vuelven a verse después de una larga ausencia.

Habiendo manifestado a algunos prácticos de la corte la disonancia que esto me hacía, me respondían, que aquello era vivir al estilo de la corte. Al oírlos, cualquiera haría juicio de que la corte no es más que un teatro cómico, donde todos hacen el papel de enamorados; pero en realidad, yo sólo noto esta faramalla amatoria en los espíritus de inferior orden. En los de corazón y entendimiento más elevado, produce la escuela de la corte (si ya no se debe todo a su propio genio) otro trato más noble, y el que es propio de la verdadera urbanidad. Digo, que observó en ellos afabilidad, dulzura, expresiones de benevolencia, ofrecimientos de sus buenos oficios; pero todo contenido dentro de los términos de una generosa decencia, todo desnudo de afectadas ponderaciones, todo animado de un aire tan natural, que las articulaciones de la lengua parecían movimientos del ánimo, respiraciones del corazón.

Decía Catón (Tulio lo refiere) que se admiraba de que cuando se encontraban dos adivinos, pudiesen ni uno ni otro contener la risa, por conocer entrambos, que toda su arte era una mera impostura. Lo mismo digo de los cortesanos zalameros. No sé cómo al carearse los que ya se han tratado, no sueltan la carcajada, sabiendo recíprocamente, que todas sus hiperbólicas protestas de estimación, cariño y rendimiento son una pura farfalla, sin fondo alguno de realidad.

He dicho, que en los pueblos menores, por donde he andado, no hay tanto, ni con mucho, de esta ridícula figurada. No faltan, a la verdad, uno u otro que pasean las calles con el incensario en la mano, para tratar como a ídolos a cuantos contemplan pueden serles en alguna ocasión útiles. Pero están reputados por lo que son: gente, no de estofa, sino de estafa, y sus inciensos sólo huelen bien a los tontos. En la corte pasa esto comúnmente por buena crianza; acá lo condenamos como bajeza.

VI

Estoy en la persuasión de que la urbanidad sólida y brillante tiene mucho más de natural, que de adquiría. Un espíritu bien complexionado, desembarazado con discreción, apacible sin bajeza, inclinado por genio y por dictamen a complacer en cuanto no se oponga a la razón, acompañado de un entendimiento claro, o prudencia nativa, que le dicte cómo se ha de hablar u obrar, según las diferentes circunstancias en que se halla, sin más escuela, parecerá generalmente bien en el trato común. Es verdad, que ignorará aquellos modos, modas, ceremonias y formalidades, que principalmente se estudian en las cortes, y que el capricho de los hombres altera a cada paso; pero lo primero, las ventajas naturales, las cuales siempre tienen una estimabilidad intrínseca, que con ninguna precaución se borra, suplirán para la común aceptación el defecto de este estudio. Lo segundo, una modesta y despejada prevención a los circunstantes de esa misma ignorancia de los ritos políticos, motivada con el nacimiento y educación en provincia, donde no se practican, será una galante excusa de la transgresión de los estilos, que parecerá más bien a la gente razonable, que la más escrupulosa observancia de ellos.

Yo me valí muchas veces de este socorro en la corte. Nací y me crié en una corta aldea, entré después en una religión, cuyo principal cuidado es retirar sus hijos, especialmente durante la juventud, de todo comercio del siglo. Mi genio aborrece el bullicio y huye de los concursos. Exceptuando tres años de oyente en Salamanca, que equivalieron a tres años de soledad, porque no se permite a los de nuestro colegio el menor trato con los seculares, todo el resto de mi vida pasé en Galicia y Asturias, provincias muy distantes de la corte. Sobre todo lo dicho, estoy poseído de una natural displicencia hacia el estudio de ceremonias. No ignoro que la sociedad política requiere, no sólo substancia, más también modo; pero no considero modo importante aquel que consiste en ritos instituidos por antojo, que hoy se ponen y mañana se quitan, reinan unos en un país, y los contrarios en otro; sino aquel que dicta constantemente la razón en todos tiempos y lugares. De estos supuestos fácil es inferir cuán remoto estoy de la inteligencia de las ceremonias cortesanas. Sin embargo, salía de este embarazo en todas las ocurrencias con la prevención insinuada, y veía que a nadie

parecía mal, ni por eso les era ingrata mi conversación, antes me parece ponían buena cara a mi naturalidad.

Los hombres de espíritu sublime y entendimiento alto gozar un natural privilegio para dispensarse de las formalidades, siempre que les parezca. Así como los músicos de gran genio se apartan varias veces de las reglas comunes del arte, sin que por eso su composición disuene al oído; así los hombres, que por sus prendas se aventajan mucho en la conversación, pueden desembarazarse del método estatuido, sin incurrir el desagrado de los circunstantes. Las ventajas naturales siempre tienen un resplandor más fino, más sólido, más grato que los adornos adquiridos. Así todos se dan por bien y más que bien pagados de estos con aquellas.

Y aun dijera yo, que los establecimientos de ceremonias urbanas sólo se hicieron para los genios medianos e íntimos, como un suplemento de aquella discreción superior a la suya, que por sí sola dicta y regia el porte, que se debe tener hacia los demás hombres. Creo que pasa en esto lo mismo, con poca diferencia, que en los movimientos materiales. Hay hombres que, naturalmente y sin estudio, son airosos en todos ellos; que muevan las manos, que los pies, que doblen el cuello, que inclinen la cabeza, que bajen o eleven los ojos, que muden el gesto, todo sale con una gracia nativa, que a todos enamora; que es lo que cantaba Tibulo de Sulpicia:

Illam quidquid agit, quoquo vestigia flectit,

Componit furtim, subsequiturque decor.

Tuviera por una gran impertinencia querer con varios preceptos compasarles a éstos las acciones. Guárdense los preceptos y reglas para los que son naturalmente desairados, si es que puede enmendar el arte este defecto de la naturaleza.

Sólo respectivamente a dos clases de personas, nadie está exento de guardar el ceremonial, que son los príncipes y las mujeres. Aquellos, desde tiempo inmemorial, han constituido la ceremonia parte esencial de la majestad. Éstas, por educación y por hábito, miran como substancia lo que es accidente, y aun prefieren el accidente a la substancia. Así desestimarán al hombre más discreto y gracioso del mundo, en comparación de otro de muy desiguales

talentos, pero que esté bien instruido en las formalidades de la moda, y las observe con exactitud; excepto las de alta capacidad, las cuales saben hacer justicia al mérito verdadero.

VII

O sea adorno, o parte integrante de la urbanidad, aquella gracia nativa, que sazona dichos y acciones, es cierto que el estudio o arte jamás pueden servirle de suplemento.

Ésta es aquella perfección que Plutarco pondera en *Agesilao*, y en virtud de la cual dice, que aunque pequeño y de figura contemptible, fue, aun hasta en la vejez, más amable que todos los hombres hermosos: *Dicitur autem pusillus fuisse, et specie aspernenda: caeterum hilaritas eius omnibus horis, et urbanitas aliena ab omni, vel vocis, vel vultus morositate, et acerbitate amabiliorem eum, ad senectutem usque, praebuit omnibus formosis.*

Éste es aquel condimento por quien dice Quintiliano, que una misma sentencia, un mismo dicho parece y suena mucho mejor en la boca de un sujeto que de otro: *Inest proprius quibusdam decor in habitu, atque vultu, ut eadem illa minus, dicente alio, videantur urbana esse.*

Éste es aquel adorno que Cicerón llamaba color de la urbanidad, y que instado por Bruto, para que explicase qué coscosa era ese color, respondió dejándole en el estado de un misterioso *no sé qué*. Éstas son, en el diálogo *De claris oratoribus*, sus palabras: *Et Brutus, quis est, inquit, tandem urbanitatis color? Nescio, inquam; tantum esse quendam scio.* Es de mi incumbencia descifrar los *nosequés*, y no hallo en explicar éste, dificultad alguna. La gracia nativa, o llámese, con la expresión figurada de Cicerón, color de la urbanidad, se compone de muchas cosas. La limpieza de la articulación, el buen sonido y armoniosa flexibilidad de la voz, la decorosa aptitud del cuerpo, el bien reglado movimiento de la acción, la modestia amable del gesto y la viveza halagüeña de los ojos, son las partes que constituyen el todo de esta gracia.

Ya se ve que todos los expresados son dones de la naturaleza. El estudio, ni los adquiere, ni los suple. Hay sujetos que piensan hacer algo, procurando imitar a aquellos en quienes ven resplandecer esos dones, o parte de ellos; pero con el medio mismo con que intentan ser gratos, se hacen ridículos. Lo que es gracia en el original, es monada en la copia. La imitación de prendas naturales nunca pasa

de un despreciable remedio. Pálpase la afectación, y toda afectación es tediosa.

Sólo pondré dos limitaciones respectivas a aquellas partes de la gracia, que consisten en la postura y movimiento de los miembros. La primera es, que pueden en alguna manera adquirirse éstas por imitación. Pero ¿cuándo? Cuando no se piensa en adquirirlas, ni se sabe que es adquieren; quiero decir, en la infancia. Es entonces la naturaleza tan blanda, digámoslo así, tan de cera, que se configura según el molde en que la ponen. Así vemos frecuentemente parecerse en los movimientos ordinarios los hijos a los padres.

En Galicia, mi patria, hay muchos, que aun sabiendo con perfección la lengua castellana, la pronuncian algo arrastradamente, faltando en esta o aquella letra la exactitud de articulación que les es debida. Atribuyen los más este defecto a la imperfecta organización de la lengua, procedida del influjo del clima. No hay tal cosa. Ese vicio viene del mal hábito tomado en la niñez; lo que se evidencia de que los gallegos, que de muy niños son conducidos a Castilla, y se crían entre castellanos, como yo he visto algunos, pronuncian con tanta limpieza y expedición este idioma, como los naturales de Castilla. Sé, que pocos años ha era celebrada por el hermoso desembarazo de la pronunciación y aire del movimiento, una comedianta nacida en una mísera aldea de Galicia, que de cuatro o cinco años llevó un tío suyo a la corte.

La segunda imitación es, que aun en edad adulta se puede corregir la torpeza del movimiento, ya en la lengua, ya en otros miembros, cuando ésta procede precisamente del mal hábito contraído en la niñez. Pero es necesario para lograrlo aplicar mucha reflexión y estudio. Un hábito, aunque sea inveterado, puede desarraigarse, aplicando el último esfuerzo. Cuando la resistencia viene del fondo de la naturaleza, todos los conatos son vanos.

VIII

Aunque la urbanidad, en lo que tiene de brillante y hermosa, que es lo que llamamos gracia, sólo en una pequeñísima parte, como hemos advertido, está sujeta al estudio; en todo lo que es substancia, o esencia suya, admite preceptos y reglas; de modo, que cualquiera hombre enterado de ellas, o ya por reflexión propia o por instrucción ajena, puede ser perfectamente, en cuanto a la substancia, urbano.

Muy frecuentemente y de muchos modos se peca contra la urbanidad. Aun a sujetos que han tenido una razonable crianza, he visto muchas veces adolecer de alguno o de algunos de los vicios, que se oponen a esta virtud. Opónense a la urbanidad todas aquellas imperfecciones o defectos, que hacen molesto o ingrato el trato y conversación de unos hombres con otros. Esto se infiere evidentemente de la definición de la urbanidad que hemos propuesto arriba. Mas ¿qué defectos son éstos? Hay muchos. Los iremos señalando, y ésta será la parte mas útil del discurso; porque lo mismo será individuar los defectos, que hacen molesta la conversación y sociedad política, que estampar las reglas que se deben observar para hacerla grata. El lector podrá ir examinando su conciencia política por los capítulos que aquí le iremos proponiendo.

IX

Locuacidad

Los habladores son unos tiranos odiosísimos de los corrillos. En mi opinión, que concede cierta especie limitada de racionalidad a los brutos, el hablar es un bien aun más privativo del hombre que el discurrir. El que quiere siempre ser oído, y no escuchar a nadie, usurpa a los demás el uso de una prerrogativa propia de su ser. ¿Qué fruto sacaré, pues, de su torrente de palabras? No mas que enfadar a los circunstantes, los cuales después se desquitan de lo que callaron, hablando con irrisión y desprecio de él. No hay tiempo más perdido que el que se consume en oír a habladores. Ésta es mi gente que carece de reflexión, pues a tenerla, se contendrían por no hacerse contentibles. Si carecen de reflexión, luego también de juicio; y quien carece de juicio, ¿cómo puede jamás hablar con acierto? Ni ¿qué provecho resultará a los oyentes de lo que habla un desatinado, exceptuando el ejercicio de la paciencia? Así a todos los habladores se puede aplicar lo que Teócrito decía de la verbosa influencia de Anaxímenes, que en ella contemplaba un caudaloso río de palabras y una gota sola de entendimiento: *Verborum flumen, mentis gutta*.

Los flujos de lengua son unos porfiados vómitos del alma; erupciones de un espíritu mal complexionado, que arroja, antes de digerirlas, las especies que recibe. Suenan a valentía en explicarse, siendo en realidad falta de fuerza para contenerse. Yo capitularía esta dolencia, dándole el nombre de relajación de la facultad racional. Otro dirá acaso, que no es eso, sino que las especies se vierten porque no caben, a causa de su corta capacidad, en el vaso destinado para su depósito.

Nadie se fíe en que a los principios es oído con gusto. Éste es un aire favorable para soltar las velas de la locuacidad. Aire favorable, sí, pero por lo común de poca duración. La conversación es pasto del alma; pero el alma tiene el gusto, o tan vario, o tan delicado, o tan fastidioso como el cuerpo. El manjar más noble, muy continuado, la da saciedad y tedio. Así, el mismo que por un rato gana con su locuela la aceptación de los oyentes, si se alarga mucho, incurre su displicencia y aun pierde su atención. Las estrellas que se deben observar para engolfarse mucho o poco en los asuntos de conversación, permitir las velas al viento o recogerlas, son los ojos

de los circunstantes. Su halagüeña serenidad o ceñuda turbación avisarán de la indemnidad o riesgo que hay en alargar un poco más el curso.

Mas aun esta observación es engañosa en las personas de especial autoridad. Los dependientes, no sólo adulan con la lengua, mas también con los ojos. ¿Qué digo con los ojos? Con todos los miembros mienten, porque de todos se sirven para explicar con ciertos movimientos plausivos, con ciertos ademanes misteriosos, la complacencia y admiración con que escuchan al poderoso, de quien pende en algo su fortuna. A éste entre tanto se le cae la baba y la yerba. Vierte en el corrillo cuanto le ocurre, bueno y malo, persuadido a que ni Apolo en Delfos fue oído con atención más respetuosa. ¡Ay miserable, y qué engañado vive! A todos cansa, a todos enfada, y lo peor es, que todos, a vuelta de espaldas, se recobran de aquel casi forzado tributo de adulación con alternadas irrisiones de su necedad. Créanme los poderosos, que esto pasa así, y créanme también, que el poder, al que es necio lo hace más necio, al que es discreto, si no lo es en supremo grado, le quita mucho de lo que tiene de entendido.

X

Mendacidad

¿Qué cosa más inurbana que la mentira? ¿A qué hombre de razón no da en rostro? ¿A quién no ofende? ¿Cómo el engaño puede prescindir de ser injuria? Toda la utilidad, todo el deleite que se puede lograr en la conversación, se pierde por la mentira. Si miente aquel que habla conmigo, ¿de qué me sirven sus noticias? Si no las creo, de irritarme; si las creo, de llenarme de errores. Si no estoy asegurado de que me trata verdad, ¿qué deleite puedo percibir en oírle? Antes estará en una continuada tortura mi discurso, vacilando entre el asenso y el disenso, y apurando los motivos que hay para uno y para otro.

Es la conversación una especie de tráfico, en que los hombres se ferían unos a otros noticias y ideas; el que en este comercio franquea ideas y noticias falsas, vendiéndolas por verdaderas, ¿qué es, sino un tramposo, un prevaricador, indigno de ser admitido en la sociedad humana?

Siempre he admirado y siempre he condenado la tolerancia que logra en el mundo la gente mentirosa. Sobre este punto he declamado en el discurso acerca de la *Impunidad de la mentira*, para donde remito al lector. Después he pensado, que acaso esta tolerancia nace de la mucha extensión del vicio. Acaso, digo, son en mucho mayor número los interesados en la tolerancia, que los damnificados en ella. Acaso toleran unos a otros la mentira, porque unos y otros necesitan de esa tolerancia. Si los sinceros son pocos, no pueden, sin una gran temeridad, empeñarse en hacer guerra a los muchos. Pero a lo menos demuestren, con la mayor templanza que puedan, el desagrado que les causa la mentira. Ingenuamente protesto, que para mí es sospechoso de poca sinceridad el que oye una mentira serenamente, y sin testificar en alguna manera su displicencia, Mas también supongo, que la franqueza de manifestar esta indignación, sólo se puede practicar respecto de inferiores o iguales.

Una especie de mentira corre en el mundo como gracia, que yo castigaría como delito. Cuando se mezcla en el corrillo algún sujeto conocido por nimiamente crédulo, rara vez falta un burlón, que hace

mofa de su credulidad, refiriéndole algunas patrañas, que el pobre escucha como verdades. Esto se celebra como gracejo; todos los concurrentes se regocijan, todos aplauden la buena inventiva del mentiroso, y hacen entremés de las buenas tragaderas del crédulo. Tengo esto por iniquidad. ¿Por ventura la sencillez ajena nos presta algún derecho para insultarla? Doy que la nimia credulidad nazca de cortedad de entendimiento; ¿acaso sólo estamos obligados a ser urbanos y atentos con los discretos y agudos? ¿No es insolencia, porque Dios te dio más talentos que al otro, tomarle por objeto de tu escarnio, y jugar con él como pudieras con un mono? ¿Es eso mirarle como prójimo? ¿Es eso usar del talento que Dios te dio en orden al fin para que te lo dio?

Pero la verdad es que, por lo común, la nimia credulidad más proviene de exceso de bondad, que de falta de discreción. Yo he visto hombres sencillísimos, y juntamente muy agudos. Aquella misma rectitud de corazón, que mueve al sencillo a proceder siempre sin dolo, le inclina a juzgar de los demás lo mismo. Muchas veces sucede que una mentira es creída de éste porque es ingenioso, y descreída de aquél porque es necio. Es el caso, que aquel, por su piedad, busca motivos de verisimilitud en la noticia, y por su agudeza los encuentra; éste, por su malicia, no los busca, y aunque los buscase, por su rudeza, no los hallaría.

Yo no sé si es verdad lo que comúnmente se dice, que santo Tomás de Aquino creyó que un buey volaba, y salió solícito a ver el portento. Pero sé que la respuesta increpatoria que se le atribuye a los que le insultaban sobre su nimia credulidad, es digna de todo un santo Tomás; digna, quiero decir, de aquel gran lleno de virtudes excelsas, intelectuales y morales; digna de aquel nobilísimo corazón, de aquella altísima prudencia, de aquel ingenio soberano. «Más creíble se me hacía (refieren que dijo) el que los bueyes volasen, que el que los hombres mintiesen.» ¡Qué corrección tan discreta! ¡Qué énfasis! ¡Qué energía! ¡Qué delicadeza! Aprecio más esta sentencia que cuantas la antigua Grecia preconizó de sus sabios. La sublimidad de ella me persuade que fue parto legítimo de santo Tomás, y por consiguiente, que el hecho, como se refiere, es verdadero. Así se pueden conciliar, y concilian bien, una altísima discreción con una suma sencillez.

XI

Veracidad osada

Así como hay muchos que son inurbanos por mentirosos, hay algunos que también lo son por veraces indiscretos o inconsiderados. Hablo de aquellos, que a título de desengañados o desengañadores, sin tiempo, sin oportunidad, y contra todas las reglas de la decencia, se toman libertad para decir cuanto sienten. Ésta es una especie de barbarie, cubierta con el honesto velo de sinceridad.

Caractericemos esta gente en el proceder de Filótimo. Es Filótimo un hombre que a todas horas nos quiebra la cabeza con protestas de su ingenuidad. Declama, hasta apurar el aliento, contra la adulación. Ostenta su inmutable amor a la verdad, y este viene a ser como estribillo para todas las copias que arroja a éste, a aquél y al otro. Échale en rostro a alguno un defecto que tiene; luego sale el estribillo de que él no ha de dejar de decir la verdad por cuanto tiene el mundo. Oye alabar a alguno, o presente, o ausente, en quien él concibe algo digno de reprehensión; suelta lo que concibe, e impropera como contemplativos o lisonjeros a los que hablan bien del sujeto. Pero luego añade la cantilena ordinaria de su amor a la verdad.

¿Qué diremos de este hombre? Que para ser necio y rústico le sobra mucha tela; que es un despropositado; que no guarda compás ni regla en cuanto habla; que es un rudo y muy rudo, pues no alcanza que hay medio entre la servil adulación y la desvergonzada osadía. Siendo tal, ¿qué caso harán los que le oyen de cuanto dice? ¿Quién creará que forma concepto justo de nada un alucinado, que no percibe lo que tan claramente dicta la razón natural? Pero doy, que en el concepto que forma no yerro; yerra, por lo menos, en proferirle sin tiempo, sin oportunidad, sin modo. ¿Tiene por ventura algún nombramiento regio y pontificio de corrector de las gentes? Doy que sea tan veraz como se pinta, que lo dudo mucho, porque la experiencia me ha mostrado que, si no en todos los individuos, en muchos es verdaderísima una bella sentencia que leí no me acuerdo en qué autor: *Veritatem nulli frequentius laedunt, quam qui frequentius iactant*; «Ningunos más frecuentemente mienten, que los que a cada paso jactan su veracidad.» Doy, digo, que sea tan veraz como se

pinta; ¿le da su veracidad algún derecho para andar descalabrando a todo el mundo? La verdad, que, como predica san Pablo, es compañera amada de la caridad: *Charitas congaudet veritati*, ¿ha de ser tan desapacible, ofensiva, grosera? La verdad de los cristianos, que, como articula san Agustín, es más hermosa que la Elena de los griegos: *Incomparabiliter pulchrior est veritas christianorum, quam Helena graecorum*, ¿ha de tener tan mala cara, que a todos dé en rostro?

Hay en ocasiones, yo lo confieso, obligación a decir la verdad, aunque se siga resentimiento del que la escucha; pero sólo cuando interviene uno de tres motivos: o la vindicación de la honra divina, o la defensa de la inocencia acusada, o la corrección del prójimo. Supongo que, por lo común, pretextan este último motivo, los veraces de que hablamos; pero no ignoran ellos que sólo logran la ofensión, y nunca la corrección. Ni puede ser otra cosa, porque su modo áspero, tumultuante, soberbio, ¿cómo puede producir tan bello fruto? Sembrando espinas, como decía la verdad misma en el Evangelio, ¿han de coger uvas?

XII

Porfía

No menos enfadosos son que éstos, ni menos turbar, la amenidad de la conversación, los porfiados. El espíritu de contradicción es un espíritu infernal, y espíritu tal protervo, que no sé que se haya hallado hasta ahora conjuro eficaz para curar a los que están poseídos de él.

Tengo presente el ejemplo de Aristio. Éste es un verdadero aventurero de corrillos, que lanza encarada, anda siempre buscando pendencias. Su opinión es su ídolo; nadie disiente a ella sin experimentar su cólera; nadie profiere la opuesta que no le tenga por enemigo; nada le aplaca sino, o la condescendencia, o el silencio. Su influencia en los concursos es la que se atribuye a aquella constelación meridional, llamado Orión, excitar tempestades: *Nimbosus Orion*, que dijo Virgilio. No bien se aparece, cuando poco a poco la serenidad de un coloquio cortesano va degenerando en la turbación de un tumulto rústico. Él contradice, el otro se defiende, los demás toman partido, enciéndese la altercación, porque un genio contendiente es contagioso: *Insequitur clamorque virum, stridorque rudentum*; y todo viene a parar en una greguería tal, que nadie los entiende, ni aun se entienden unos a otros. Todo este mal hace en la sociedad política un porfiado. Ni por eso se enmienda; y antes volverá atrás un río precipitado, que él retroceda del dictamen que una vez ha proferido.

XIII

Nimia seriedad

La chanza oportuna es el más bello condimento de la conversación, y tiene tanta parte en la verdadera urbanidad, que algunos, como vimos arriba, la tomaron por el todo. Usada con el modo debido, produce bellos efectos: alegra a los que hablan y a los que oyen, concilia recíprocamente las voluntades, descansa el espíritu fatigado con estudios y ocupaciones serias. Por eso no solo los éticos gentiles, mas aun los cristianos, colocaron la chanza en el número de las virtudes morales. Véase santo Tomás en la 2^a 2.^{ae} *quaest.* 168, artículo II, donde, después de graduar a la chanza por virtud, califica la delectación que resulta de ella, no solo de útil, sino de necesaria para el descanso del alma: *Hujusmodi autem dicta, vel facta, in quibus non quaeritur nisi delectatio animalis, vocantur ludicra, vel jocosa. Et ideo necesse est talibus interdum uti, quasi ad quandam animae quietem.*

Los hombres siempre serios son un medio entre hombres y estatuas. Siendo la risibilidad propiedad inseparable de la racionalidad, en lo que se niegan a lo risible, degeneran de lo racional. Los necios suelen calificarlos de hombres de seso, juiciosos y maduros. Buena prueba de seso, apostárselas en sequedad y rigidez a troncos y piedras. Ningún bruto se ríe. ¿Será carácter de hombre de juicio sólido lo que lo común a todo bruto? Yo tengo esa por seña de genio tétrico, de humor atrabiliario. Los antiguos decían que los que entraban en la encantada cueva de Trofonio, nunca reían después. Llamaban *agelastos* a éstos los griegos. Si en ello hay alguna verdad, que muchos lo niegan, es de creer que la deidad infernal que era consultada en aquella cueva, inspiraba a los consultores esa tartárea melancolía.

XIV

Jocosidad desapacible

Pero tanto, y aun más que se opone a la urbanidad la seriedad nimia, es contraria a ella la jocosidad importuna. Por tres capítulos puede ser ingrata la chanza en las conversaciones: por exceder en la cantidad, por propasarse en la calidad, y por defecto de naturalidad.

El que está siempre de chanza, más es truhán que cortesano. No hay hombre más irrisible, que el que siempre se ríe. El que a todas horas hace el gracioso, a todas horas es desgraciado. Un Juan nana, de por vida, es lo que suena, un Juan Rana y nada más.

Peca la chanza en la calidad por deshonesta y por satírica. Como la primera sólo se oye en caballerizas y tabernas, y yo no escribo para lacayos, cocheros y alquiladores, pasaremos a la segunda. Lospreciados de decidores frecuentemente inciden en ella. Hablo de lospreciados de decidores, y que más propiamente podrían llamarse dicaces; no de los que verdaderamente lo son.

De aquellos, de quienes decía Horacio, que por aprovechar sus festivas ocurrencias, no reparan en herir aun a sus propios amigos:

Dummodo risum

Excutiat sibi, non hic cuiquam parcat amico.

De aquellos que, según la ponderación de Ennio, más fácilmente detendrán en la boca una ascua ardiendo, que un dicho agudo. Ésta es gente que quiméricamente pretende hacer oro del hierro, comedia de la tragedia, lisonja de la injuria, miel de la ponzoña. Su lengua se parece a la del león, que por ser tan áspera, lamiendo desuella. Llaman a éstos *zumbones*, y lo son. Pero ¿cómo? Como las avispas, cínifes, tábanos y moscas. Todos estos vilísimos insectos son zumbones, y zumbones de esta casta; esto es, que a vuelta del zumbido imprimen la picadura.

Como quiera que hagan gala de su habilidad, no pueden escaparse de ser, o malignos, o muy necios. Que uno, que otro, los hombres de bien debieran conspirar a descartarlos del comercio, o corregirlos con la amenaza. El conde de las Amayuelas, a quien

alcancé en mi juventud, a un caballero de este genio, que le había herido ya con algunos dicterios en tono de chanza, le dijo: «Amigo don N., ya te he sufrido algunas desvergüenzas; también de aquí adelante podrás decir las que quisieres; pero con la prevención de que nos hemos de entender los dos a estocada por desvergüenza.» A fe que le hizo al zumbón perder la zumba.

Un defecto grave y frecuentísimo de la zumba es ejercerla sobre lugares comunes o capítulos generales, dirigiéndola, pongo por ejemplo, al estado, clase o nación del sujeto con quien se practica este género de juego. Debo esta advertencia a Quintiliano: *Male etiam dicitur* (sentencia este gran maestro de urbanidad) *quod implures convenit: Si aut nationes totae incessantur, aut ordines, aut conditio, aut studia multorum*. Caen en este inconveniente los genios estériles, que no hallando qué decir sobre las acciones o cualidades personales de aquel particular individuo a, quien dirigen la zumba, se arrojan a alguna razón común, de estado, nación, etc.

La razón por que se debe huir de esto es, porque entre la multitud comprendida en aquella razón común, hay no pocos de tal delicadez que tienen la zumba por ofensa; y aunque no asistan en la conversación, teniendo después noticia de ella, se muestran resentidos; lo que, la experiencia me ha mostrado no pocas veces. Y aun he visto algunas seguirse no leve perjuicio a los zumbones de razones comunes, por el resentimiento de los comprendidos en ellas. Aun cuando no intervenga riesgo alguno, se debe evitar por motivo de equidad. Aunque la chanza sea de su naturaleza inocente, no es justo usar de ella con quien la ha de escuchar como, agravio. A sujetos de cutis tan delicada, que sienten como golpe lo que para otros es halago, no se ha de tocar ni aun ligeramente. Si el contacto más leve les llega al corazón, el que los toca los hiera. No siendo, pues, posible que en las zumbas sobre capítulos generales no haya muchos que se resientan, debe el buen cortesano abstenerse enteramente de ellas.

Es, finalmente, ingrata la chanza por falta de naturalidad. Los que sin genio se meten a decisores, hacen un papel enfadosísimo. No hay cosa más insulsa que un hombre que por imitación y estudio se empeña en ser gracioso. Logra en parte lo que pretendo, que es hacer reír a los demás; pero él mismo es el objeto de esa risa. Si hay

un hombre en el pueblo, celebrado por sus graciosidades y buenos dichos, otros veinte o treinta quieren imitarle y competirle. ¡Conato inútil! Nunca pasarán de un irrisible remedo. No quieren acabar de conocer los hombres, que en esta y otras muchísimas prendas, casi todo lo hace la naturaleza. De esta falta de consideración viene el casi universal empeño de imitar los menos dotados de la naturaleza a los que ven aventajados en algunas apreciables cualidades. La ponderada semejanza entre el hombre y el mono, hallo que es mayor, empezando la comparación por el hombre. Pondérase, digo, que en la Asia y en la África se hallan algunos monos que parecen hombres. Y yo pondero que en la África, la Asia, Europa y en todas partes, hay muchos más hombres que parecen monos. Sonlo, en efecto, unos de otros. No hay original alguno excelente en nuestra especie, de quien no se saquen innumerables copias, pero copias que no pasan de mamarrachos.

Ostentación del saber

La ciencia es un tesoro que se debe expender con economía, no derramarse con prodigalidad. Es precioso poseído, es ridículo ostentado; pero bien apurada la verdad, se hallará que nunca le poseen los que le ostentan. Sólo los que saben poco quieren mostrar en todas partes lo que saben. No hay conversación donde, sin esperar oportunidad, no saquen a plaza sus escasas noticias. Entre los verdaderos sabios y estos sabios de poquito hay la misma diferencia que entre los mercaderes de caudal y los buhoneros. Aquellos dentro de su lonja tienen los géneros, para que allí los vayan a buscar los que los hubieren menester; éstos se echan a cuestras su mísera tiendecita, y no hay plaza, no hay calle, no hay rincón donde no la expongan al público.

Algunos son tan necios, que con todas clases de personas introducen, sin propósito, la facultad en que se han ejercitado. El abad de Bellegarde refiere de un militar, que en visita de damas se puso muy despacio a relatar, sin pedírselo nadie, el sitio de una plaza, día por día, punto por punto, con todos los términos facultativos, nombrando regimientos y oficiales, sin omitir alguno de cuantos movimientos habían hecho sitiadores y sitiados, desde que se avistó la plaza hasta su rendición. ¿No estarían muy gustosas las damas con esta relación gacetal? Aun es más gracioso lo que, para figurar a estos impertinentes, atribuye el famoso cómico Molière a un médico recién aprobado, en las primeras vistas de una señorita, cuya mano pretendía; esto es, que después de hacer todo el gasto de cortesanas con los axiomas y términos de su arte, la convidó, como que le hacía un obsequio muy estimable, a que fuese a ver a la tarde la disección anatómica de un cadáver, que había de ejecutar él mismo. ¡Qué agasajo tan recomendable para una tierna damisela!

Una de las lecciones más esenciales de urbanidad es acomodarse en las concurrencias al genio y capacidad de los circunstantes; dejar en todo caso a otros la elección de materia, y seguirla hasta donde se pudiere. Punto menos extravagante es el que razona con otro sobre

facultad que éste no alcanza, que el que le habla en idioma que no entiende.

XVI

Afectación de superioridad

Es notable la diferente representación que hacen algunos sujetos en el principio y progreso de la conversación. Al tiempo de agregarse a la visita o al corro, si la gente que le compone no es de su frecuente trato, se esmeran en profundas reverencias, en tiernas humillaciones; hacen las más ponderadas protestas de su rendimiento y deferencia a este, a aquel y al otro; pero después poco a poco van componiendo el gesto, el modo y las palabras hacia una gravedad senatoria o una autoridad legislativa. Ya se metió en el vestuario la lisonja, y sale al teatro la arrogancia. Ya se arrimó el zueco, y se alzó el coturno. Ya la solfa, que empezó por el *ut* de Fefaút, que es el más profundo, montó al *la* de Gesolreút, que es el más alto. Ya la estatura política creció de pigmea a gigantesca. Ya miran a los circunstantes allá abajo, y ya en cuanto hablan se trasluce un ceño desdeñoso, hijo legítimo de una rústica soberbia.

Acuérdome, a este propósito, de la que refiere Moreri de Brunon, obispo de Langres, que, habiendo en el principio de una carta o edicto suyo cual cualificándose modestamente, *humilis praesul*, después, en el cuerpo del escrito, se dio a sí propio el tratamiento de majestad, *nostram adiens, majestatem*. Los que proceden de este modo deben de estar en el error de que la urbanidad y modestia sólo se hicieron para los exordios, prólogos y saluciones.

Esta desigualdad notó Barclayo, como característica de los españoles: *Sermonum et amicitiarum exordia per speciem itissimae humanitatis adornant. Hos tu queque illis initiis optime poteris eadem tranquillitate adoriri, succedentes autem ad fastum, mutua maiestate excipere.*

La verdad es, que hay entre nosotros no pocos que adolecen del expresado defecto. Pero la nota de Barclayo, como otras invectivas que han hecho los extranjeros contra la soberbia de los españoles, tomadas generalmente, si un tiempo fueron justas, hoy no lo serían. O fuese efecto del mayor comercio con los de otras naciones, o desengaño, que el tiempo fue introduciendo poco a poco, no es dudable que ya los españoles se han humanizado mucho, y pienso que también los extranjeros lo han reconocido; bien que no faltan

entre ellos quienes malignamente atribuyan la deposición de la antigua fiereza a postración de los ánimos, ocasionada de las adversidades padecidas el siglo pasado en las guerras con la Francia. Así se explicó un zumbón francés de buen gusto, en una carta que en nombre de Voiture, ya entonces difunto, imitando el estilo y aire de este famoso ingenio, como que él la enviaba del infierno, escribió felicitando al mariscal de Vironne, y elogiando al rey de Francia sobre sus victorias contra los españoles. «Aquí (decía después de otras cosas) ha llegado un buen número de españoles, que se hallaron en los combates, y nos han referido todo lo sucedido en ellos. Yo no sé cierto en qué se fundan los que dicen que los de esta nación son fanfarrones. Asegúroos que nada tienen de eso, antes son una bonísima gente; y el rey, de un tiempo a esta parte, nos los envía acá muy dulces y afables.» Chanzas aparte, que los corazones de los españoles no se han abatido por los reveses padecidos, se ha evidenciado en estas últimas guerras. Así, lo que se debe tener por cierto es, que hoy los españoles son más racionales, sin ser menos animosos.

XVII

Tono magisterial

Entre los profesores de letras hay no pocos tediosos a los circunstantes, porque siempre quieren hacer el papel de maestros. Para ellos todo lugar es aula, toda silla cátedra, todo oyente discípulo. Encaprichados de su ciencia, de su ministerio y de sus grados, casi miran a los que no han cursado las escuelas como gente de otra especie. Así, apenas les hablan sino con frente erizada y ojos desdeñosos. Cuanto articulan sale en solfa de sentencia rotal. Su tono siempre es decisivo, su voz tiene la majestad de oráculo, su acción parece de maestro de capilla, que echa el compás a todo.

He visto a muchos y muchísimos preocupados del error de que el estudio aumenta el entendimiento. ¿Y éste es error? Sin duda. Que se diga que la desigualdad de discurso en los hombres proviene de desigualdad entitativa de las almas, como pensaron algunos, o que únicamente pende de la diferente temperie y disposición de los órganos, como comúnmente se juzga, es preciso que la facultad intelectual sea la misma, o sea igual con estudio o sin él; siendo cierto que ni el estudio altera la organización o temperie nativa, ni menos muda la entidad substancial del alma. Así, después de muchos años de estudio, la facultad discursiva no crece en sus fuerzas ni medio grado. La razón propuesta lo convence; pero también la experiencia me lo ha hecho palpable. Vi a sujetos de grande aplicación a las letras, después de consumir en ellas lo más de su vida, discurrir míseramente en cuantos asuntos se proponían. Noté en otros que trató diferentes veces en el espacio de muchos años, y apenas dejaban jamás de la mano los libros, la misma torpeza en raciocinar, la misma obscuridad en entender, la misma confusión de ideas en los fines que en los principios. El estudio da noticias, ministra especies, con que se hacen varias deducciones, que, sin ellas, no se harían; pero la valentía o actividad del discurso no por eso se aumenta. Así como si a un artífice se le ministran muchos instrumentos de su arte, que antes no tenía, hará varias operaciones que antes no podía hacer; pero la fuerza del brazo no por eso será mayor.

Aun respecto de la facultad que estudian, jamás pasan aquella valla que les puso delante la naturaleza. El rudo siempre es rudo: lee

mucho, conferencia mucho, manda muchas especies a la memoria; pero nunca las congrega con acierto, nunca las distribuye con discreción, nunca las penetra bien, nunca las entiende con claridad. Así sale puramente un docto de perspectiva, capaz sólo de alucinar con falsas luces al vulgo ignorante: uno de aquellos, que la plebe llama pozos de ciencia, y sólo son pozos de agua turbia.

Siendo esto así, como lo es sin duda, se ve claramente que a los facultativos no les da fundamento alguno para engreírse su magisterio o su grado, y que es una suma extravagancia afectar alguna autoridad en virtud de esas ínfulas. Lo peor que tiene el caso, y lo que sube la ridiculez al supremo punto, es, que los que se dejan dominar de esta presunción siempre son los profesores de inferior nota; porque los de ingenio y entendimiento claro se hacen cargo de la razón. Los profesores, digo, de inferior nota son los que abultan con la ostentación sus pocas letras, procurando darles siempre la apariencia de mayúsculas. Son los que del estudio sacan poca luz y mucho humo. Así en las concurrencias se atribuyen una cualificación ventajosa respecto de todos los demás, y vierten mil necedades con toda la gravedad propia de apotegmas.

Parecerá que pondero, y no es así. Créame el lector, que hay muchos, muchos, que sin más mérito que pocos años de cursantes en la aula y un bonete o capilla en la cabeza, desestiman cuanto pueden razonar o discurrir en cualquiera materia los legos, como si éstos no fuesen racionales, o fuesen racionales de otra clase inferior. Que se ofrezca hablar de guerra, que de política, que de gobierno alto o bajo, con necia satisfacción meten la hoz en la mies ajena, a vista de hombres, de quienes en aquellas materias no merecen ser discípulos. ¿Y qué sacan de aquí? Que todos conozcan y hagan mofa de su mentecatez.

Y no omitiré otro torpísimo defecto de esta gente de poco alcance, bien que éste es común a personas de todas clases; esto es, ser continuos censores de los talentos ajenos. ¡ Cosa preciosa! El hombre bobo es el que a cada paso anda calificando de bobos a éstos, a aquellos y a los otros. El que no sabe palabra es el que frecuentísimamente mide a dedos la ciencia de los profesores, y le parece que sólo se puede medir a dedos, porque en su opinión, rara o ninguna vez llega a varas. El mal predicador es el que apenas oye

sermón que le parezca bien; lo propio sucede al mal sastre, al mal herrero, etc.

XVIII

Visitas importunas

Hay unos hombres, que de demasiadamente urbanos, son intolerables. Hablo de los visitadores, que parece toman el serio por oficio, o lo ejercen en virtud de algún particular nombramiento. Éstos son unos ociosos, que no saben qué hacer de sí, ni qué hacer en el mundo, sino cansar a toda la gente honrada del pueblo, unos ladrones del tiempo, que inicualemente roban a sus vecinos el que necesitan para sus precisas ocupaciones; unos caballeros andantes, que con la lengua siempre en ristre, se emplean en hacer tuertos, en vez de deshacerlos; unos pordioseros de parleta, que la andan mendigando de casa en casa; unos tramposos de cortesanía, que venden por obsequio lo que es enfado.

Los que piensan captar la gracia de los poderosos con la continuación de visitas, viven muy engañados. ¿Qué mérito será para ellos tenerlos cada tercer día aprisionados una hora en una silla, que viene a ser casi lo mismo que en un cepo, privándolos entre tanto, ya de la diversión que apetecían, ya de la ocupación que necesitaban? Lo que ordinariamente pasa es, que no bien el visitante, concluidas las ceremonias de despedida, vuelve las espaldas, cuando el visitado echa mil maldiciones a su impertinencia; y si tiene a mano con quién pueda desahogarse en confianza, dice, que no vio mayor salvaje en su vida.

Gran lástima tengo a los pobres ministros, por lo mucho que padecen en esta parte. A la pesadísima carga de su oficio se añade la molestísima sobrecarga de tanta visita, que no sé si es más onerosa, que la tarea del tribunal. Al fin, en el tribunal oyen razonar a cuatro o seis abogados doctos; en su casa oyen a veinte impertinentes y necios, que juzgan hacer mejor su causa quebrándole al ministro la cabeza.

XIX

Visitas de enfermos

Sobre el capítulo de visitas de enfermos es preciso escuchar, no sólo las reglas de la cortesanía, mas también las de la caridad; y es imposible, faltando a éstas, observar aquellas. Son los enfermos, tanto en la parte del alma como en la del cuerpo, unos vidrios delicadísimos, que es menester manejar con exquisito tiento. A un cuerpo enfermo, aun los leves tocamientos duelen; a una alma afligida, aun especies indiferentes inquietan.

Visitar a los enfermos es, no sólo acción de urbanidad, mas también obra de misericordia; mas para calificarse de tal, es circunstancia esencial y absolutamente indispensable, que la visita sirva al enfermo de alivio o consuelo. Pero ¿cuántas reciben de éstas los pobres enfermos? Apenas una entre cincuenta. Los discretos son pocos, y los visitantes muchos. El que enfada con sus visitas a un sano, ¿qué hará a un enfermo? Ni basta ser discretos los que visitan, si su discreción no se extiende a comprender cuándo, cuánto, cómo y qué se ha de hablar a cada doliente. El *cuándo*, se ha de saber del médico y asistentes; el *cuánto*, el *cómo* y el *qué*, lo ha de reglar la prudencia del que visita.

En el cuánto se peca ordinarísimamente. A los enfermos se ha de dar poca conversación, aun cuando por la cualidad sea de su gusto. Sobre que la atención a lo que se les habla los fatiga, en esa atención misma se ocupan, gastan y disipan no pocos espíritus, que faltando esa distracción, se emplearían en lidiar contra la causa de la dolencia. Así, por lo común, conviene dejarlos en aquel medio sueño, en aquel ocio lánguido del alma, que sin aplicar conato alguno, permite errar libremente por el cerebro todas las ideas que ocurre.

El *cómo* ha de ser tal, que se evite toda molestia. Debe hablárseles en voz remisa. Los vocingleros descalabran aun a cabezas de bronce; ¿qué harán a las de vidrio? No se les ha de molestar con preguntas, o ponérseles por otra vía en la precisión de alternar la conversación, porque les resultan de ello dos fatigas: la de discurrir y la de hablar.

El *qué*, sea el que se discurra más grato para el enfermo, tocando siempre los asuntos más conformes a su genio, y a que en el estado de sanidad se reconocía más inclinado. Ya que en el alimento del cuerpo huyen tanto médicos y asistentes de conformarse a su apetito, en que juzgo se yerra muchas veces, siquiera en el pasto del alma sigan su inclinación, en que nunca puede haber inconveniente, antes evidente utilidad. Cuando hay muchas enfermedades en el pueblo, puede hacerse conversación sobre este asunto; pero con la precaución forzosa de darles noticia solamente de los que escapan, y en ningún modo de los que mueren: que he visto visitadores tan mentecatos, que apenas aciertan a decir otra cosa a un enfermo, sino que, murieron Fulano y Citano. Es mucho lo que se congoja el pobre con esto, porque en la lógica de su melancólico discurso, su muerte se sigue como ilación de las otras.

A estas reglas generales añadiré la nota de dos errores, en que comunísimamente inciden los que visitan a los enfermos: el primero es el de preguntarles todos, uno por uno, así como van entrando, cómo se hallan. Es menester la paciencia de Job para tolerar tanta pregunta idéntica. Aun en una levísima indisposición es notable el tedio y displicencia, que recibe el doliente, de que le pregunten una misma cosa tantas veces, y de haber de responder a todos de un mismo modo. Lo que se debe practicar es, preguntar el estado del enfermo a alguno de los de casa, antes de entrar a verle, o cuando más, preguntarlo en voz baja al que estuviere más a mano de los que entraron antes en el aposento. Puede también tomarse el expediente que practicaba un sujeto de mi religión y amigo mío, el cual, hallándose enfermo, hacia todas las mañanas al enfermero escribir todo cuanto le podían preguntar; cómo había pasado la noche, si el dolor de cabeza se había exacerbado o disminuido, el estado del apetito y de la sed, etc. Este papel mandaba fijar con obleas a la puerta de la celda, para que leyéndole los que entraban, excusasen fatigarle con preguntas.

El segundo error es meterse los visitantes a médicos. Ésto es error de muchos. Cosa lastimosa es, que siendo el arte médico tan abstruso, tan arduo, tan difícil, que para conseguirle, el más prolijo estudio es insuficiente, el mayor ingenio es corto, todos se metan a dar en él su voto. Así, con lo que a cada uno se le antoja que puede aprovechar, o como alimento o como medicina, muelen a los

enfermos e inquietan a los médicos. ¡Cuántas veces he visto a médicos muy advertidos hallarse sumamente perplejos sobre lo que debían ordenar, y al mismo tiempo mil don Turuleques cortar, rajar, hender, decidir con suprema satisfacción sobre el remedio que convenía prescribir! ¡Cuántas veces también he visto sacar estos importunos cachivaches de su paso al médico prudente y docto, el cual, bien contempladas las circunstancias de la enfermedad del enfermo, comprendía que convenía estarse quieto a la mira, dejando todo entre tanto al beneficio de la naturaleza; pero al fin, fatigado y vencido (que no debiera) de las continuadas instancias de tanto ignorante, ponía las manos a la obra y ejecutaba lo que no convenía! Suelen estos rudos gritar que se debe ayudar a la naturaleza. ¡Grande aforismo! Todo el mundo lo sabe. Pero lo que ellos piensan que es ayudar a la naturaleza, es en realidad cortarle piernas y brazos.

Visitas de pésame

Todos los que están oprimidos de algún grave pesar son unos enfermos de determinada clase. En las enfermedades, a quienes comúnmente se da el nombre de tales, empieza el mal por el cuerpo, y del cuerpo pasa al alma; en la enfermedad de tristeza empieza por el alma, y del alma pasa al cuerpo. Para los apesarados, todos los visitantes deben ser médicos, ni hay otros médicos que los visitantes. La cura de las pasiones del alma no pertenece a la física, sino a la ética. Así, la discreción del que visita puede conciliar al enfermo algún alivio; los preceptos del viejo Hipócrates, ninguno.

Mas ¿qué sucede? Que las visitas de pésame añaden al dolor de los apesarados otra nueva tortura. A una viuda desolada, a un viudo amantísimo de su difunta consorte, el precisarlos a estar de respeto y formalidad un día entero, o muchos días enteros, ¿no es tenerlos otro tanto tiempo en un potro? Tiene el dolor grande su natural desahogo en lágrimas abundantes, en gemidos impetuosos, en clamores repetidos, en ademanes descompuestos. Nada de esto es permitido a quien está recibiendo visitas. Ha de estar con mucha compostura, sin más expresiones de su dolor que las que hace un farsante en la aventura triste de una comedia. Se ha de ceñir a una representación puramente teatral de su angustia. Las palabras, los suspiros, han de salir con medida, compás y regla. Tiene un océano de amargura dentro del pecho, y sólo se le consiente arrojar fuera una u otra gota. Y si se mira bien, ese no es desahogo, ni aun levísimo, antes la violencia que se padece en acomodarse a estas demostraciones regladas, es añadidura del tormento.

La cruel resulta que tiene en la gente dolorida impedirles la natural respiración de la queja, explicó bien el Picineli en el jeroglífico de un río, que detenido, se hincha más, con este lema: *Ab obice crescit*. Es así que la angustia se aumenta todo lo que se oculta, y tanto ahoga, cuanto no se desahoga. *Strangulat inclusus dolor*, dijo Ovidio, que fue muy práctico en la materia.

Por esto juzgo yo que convendría, que a los que están de duelo sólo los viesan sus parientes y más estrechos amigos, cuya familiaridad no impide, antes facilita, aquellos rompimientos del alma, que desembarazan algo la opresión del pecho. Las visitas de éstos deben tomar por principal asunto un sincero ofrecimiento de sus buenos oficios, especialmente cuando el dolor tiene por motivo, o parcial o total, la pérdida, o efectiva o inminente, de algunas conveniencias temporales. Fuera de parientes y amigos, y aun más que éstos, importa que los visite algún varón espiritual y discreto, cuya virtud sea notoria a todo el pueblo. El consuelo que dan los hombres de este carácter en cualquiera aflicción, o por mejor decir, Dios por medio de ellos, es muy superior a todo el que pueden ministrar los más finos parientes y amigos; y la mejor obra que podrán hacer al apesarado los parientes y amigos, será granjearle visitas de personas de esta calidad.

Todo lo dicho se debe entender de los duelos verdaderos y grandes, que a la verdad hay en esta materia mucho de perspectiva. Si muere el padre, si la madre, si el marido, si la esposa, siempre el correlativo que queda acá muestra alto sentimiento. Pero ¿quién lo ha de creer del marido, que se experimentó más amante de la libertad que de la esposa? ¿Quién de la esposa maltratada del marido, que miraba como cautiverio el matrimonio? ¿Quién del hijo en quien se traslucía esperar con impaciencia la herencia paterna? En estos casos viene bien la multitud de visitas de pésame, porque son proporcionados pésames de cumplimiento a duelos de ceremonia.

XXI

Cartas

El escribir cartas con acierto es parte muy esencial de la urbanidad, y materia capaz de innumerables preceptos; pero pueden suplirse todos con la copia de buenos ejemplares. Así, el que quisiere instruirse bien en ella, lea y relea con reflexión las cartas de varios discretos españoles, que poco ha dio a la luz pública el sabio y laborioso valenciano don Gregorio Mayans y Siscar, bibliotecario de su majestad, y catedrático del Código de Justiniano en el reino de Valencia. Esto para las cartas en nuestro idioma. Para las latinas, los que desearan una perfecta enseñanza, la hallarán en las del doctísimo deán de Alicante, don Manuel Martí, que acaba de publicar en dos tomos de octavo, el citado don Gregorio Mayans; y en las del mismo Mayans, publicadas en un tomo de cuarto, el año de 1732. Y cierto considero importantísimo el uso de los tres libros expresados, porque es lastimoso el estado en que se halla la latinidad en España, especialmente en orden al estilo familiar y epistolar. ¡Cuántas veces ocurre la necesidad de escribir esta o aquella comunidad grave alguna carta latina a Roma u otro país extranjero, y cuán pocos sujetos se encuentran capaces de escribir sino un latín lleno de hispanismos! Cuando se ofrece hablar a un extranjero, que sólo se nos puede explicar en latín, nos hallamos poco menos embarazados para confabular con él en este idioma, que si nos precisasen a hablar en arábigo.

En la multitud de cartas se peca como en la frecuencia de visitas; ni las cartas son otra cosa que unas visitas por escrito. Son muchos los que incurren en este abuso. El motivo más común es captar la benevolencia de aquellos a quienes escriben. Notable necedad, pensar que con la molestia se granjea el amar. Lo contrario sucede a cada paso; y he visto a muchos, con la repetición de cartas, perder la estimación que antes lograban, y sin esa molienda merecieran. Hay no pocos que las escriben por la vanidad de mostrar las respuestas, para que los respeten como a hombres que se corresponden con personas distinguidas. Éstos son molestos para aquellos a quienes las escriben, y para aquellos a quienes las leen. Lo ordinario es, que los que por este medio procuran hacerse espectables, sólo consiguen ser tenidos por ridículos. Apenas hay quien no haga mofa de los que

de corro en corro andan leyendo sus cartas, como los malos poetas sus versos.

Pero ¿qué remedio habrá contra tales impertinentes? Hacerse desentendidos los que reciben las cartas, y no responderles. ¡Oh! que esto es falta de urbanidad. No, sino sobra de discreción, y la aprehensión contraria reputo por error común. No hay quien tenga por inurbanidad despachar una u otra vez a un moliente de visitas, haciendo que no está en casa. ¿Por qué será inurbanidad portarse con un moliente de cartas como si una u otra se hubiese perdido en el correo? Ya se ve, que al escritor le dolerá la falta de respuesta; mas si yo me curo de una indisposición, que padezco, con una medicina que me amarga a mí, ¿cuánto mejor será curarme de una molestia con un remedio que amarga al mismo que me causa el mal? Ello, parezca bien o mal, yo así lo practico, y me es absolutamente imposible hacer otra cosa; siendo cierto, que si quisiese responder a todos, ni tendría caudal para pagar los portes, ni tiempo para escribir las respuestas.

Apéndice

En el párrafo XIV, debajo de la autoridad de Quintiliano, notamos de inurbana la chanza que se extiende a asuntos genéricos, comprensivos de muchas personas, ya presentes, ya ausentes. Pero reservamos para aquí individuar y corregir el abuso más damnable que se comete en esta materia. Éste es el de chancear, zumbar, y aun zaherir sobre el capítulo del estado religioso.

¿Creerán los herejes, que muchas veces entre católicos la profesión del estado regular sea asunto de irrisión o ludibrio? ¿Creerán que muchas veces a un religioso le llaman *fraile* por mofa? ¿Creerán que haya hijos de la Iglesia romana, que hablen de los religiosos aun con mayor desprecio que ellos mismos? ¿Creerán que hay entre nosotros quienes, cuando un religioso en alguna acción declina de las reglas del pundonor, les parece que la cualifican sobradamente de indecorosa, con decir que es una *frailada*? No sé si lo creerán; pero ello así es.

No veo, a la verdad, que este desorden suba muy arriba; pero tampoco se queda muy abajo. Dividiendo los entendimientos de los hombres en tres clases, alta, mediana e ínfima, se hallará que el bárbaro lenguaje de hablar con desprecio de los religiosos es vulgarísimo en la ínfima, tiene algún lugar en la mediana, pero nunca llega a la suprema. El no arribar jamás esta clase consiste en que los hombres de entendimiento claro ven con evidencia, que el estado religioso por muchas razones mueve a veneración, y por ninguna a desprecio. Como la clase media de entendimientos tiene mucha latitud, tanto más o menos adolece de este vicio, cuanto más o menos se acerca, o a la alta, o a la ínfima. Creo que en muchos o los más de esta clase no procede de dictamen el asco, que en determinadas ocasiones hacen de los religiosos, sino de que no les ocurre otra cosa con que zaherir, cuando algún religioso les ocasiona algún enfado, o cuando en conversación festiva se ven precisados a reciprocarse la zumba.

Vamos ya a cuentas, señores seculares, sean los que se fueran, que es la materia más grave que lo que vuestras mercedes imaginan; y por decírselo francamente, el hablar con vilipendio de los religiosos como tales, tiene un olor infernal. En un religioso hay que considerar la persona y el estado. La persona tendrá acaso muchos y

graves defectos, en cuyo caso será reprehensible, y aun despreciable por ellos; mas no por eso el desprecio se debe o puede extender al estado. Aunque la persona sea malísima, el estado siempre es santísimo. Aborrecer los vicios de un religioso malo, nace de un dictamen justo; insultar el estado, no puede eximirse de sacrilegio. ¿Qué significa cuando un religioso con alguna acción poco decorosa, o imaginada tal, los ofende a vuestras mercedes, decir que obra como fraile, o que su acción es *frailada*? Sin duda no significa otra cosa, sino que, su profesión por sí misma influye y inclina a acciones torpes: ni más ni menos que de un hombre vil por su oficio, verbi-gracia un carnicero, al cometer una infamia, se dice, que de un carnicero no se podía esperar otra cosa, o que obró conforme a la vileza de su ministerio. Veán vuestras mercedes si esto es condenar un estado que la Iglesia aprueba, desestimar lo que la Iglesia aprecia, vilipendiar lo que tantos sumos pontífices han calificado con altísimos elogios. Véanlo vuestras mercedes, y reflexionen lo que de aquí se sigue, que será mejor que vuestras mercedes lo deban a su reflexión, que a mi advertencia.

Pero convengo en que bajemos la mira, y tratemos la materia más humanamente, como si la cuestión fuese con personas que miran con indiferencia el infalible y venerable dictamen de la Iglesia católica romana. Prescíndase, digo, de la aprobación, que logran de la Iglesia todos los estatutos regulares, y miramos el asunto, digámoslo así, con puramente mundanos ojos, siquiera porque no nos digan, que por destituidos de otra defensa, nos acogemos a sagrado.

¿Por dónde el nombre de fraile podrá ser de mal sonido u de bajo significado? Cinco clases de religiosos hay en la Iglesia de Dios: canónigos reglares, monacales, religiosos militares (prescindiendo por ahora de la famosa cuestión de si lo son rigurosamente), clérigos reglares y mendicantes. Algunos comprenden bajo el nombre de frailes a todos, exceptuando los militares. Otros a todos los que preponen al nombre la voz *fray*. Otros, finalmente, sólo a los mendicantes. Yo nunca he sido delicado sobre esta materia. He visto muchos monacales, que lo son, y al darles el nombre de frailes, responden con enfado, que no son frailes, sino monjes. Es cierto, que tomando la voz *frailes* en la tercera acepción, distinguen bien, porque el estado monacal y el mendicante constituyen entre los

regulares clases distintas. También tomando la voz *frailes* en la segunda acepción, distinguen oportunamente; porque la agregación del *fray* al nombre en los monacales es una intrusión de poco tiempo a esta parte, y aun esa intrusión se ha extendido poquísimos. En Francia, Italia, Alemania y Flandes, todos los monacales preponen simplemente la voz *don* al nombre, *don Juan de Mabillon*, *don Lucas de Acheri*, *don Edmundo Martene*. Aun dentro de España, los cistercienses de la corona de Aragón se tratan mutuamente de don. Los hijos de san Basilio ya se dan en toda España el mismo tratamiento. Aun en nuestra congregación de San Benito de Valladolid, que es donde tuvo principio esta innovación, algunos particulares se dan recíprocamente *don*, sin que los superiores lo corrijan, por tener comprendido, que este tratamiento es conforme a la regla de nuestro gran patriarca san Benito, como probó en un docto escrito, que sacó a luz el año de 1733, el padre maestro don Isidoro Andrés, monje cisterciense de la corona de Aragón, hijo del célebre monasterio de Santa Fe, y al presente lector de artes en el monasterio de la Oliva, joven de amenísimo ingenio y de altas esperanzas.

Todo esto es verdad. Mas todo esto para el asunto ¿qué importa? En la consideración de otros, mucho; en la mía, poco o nada. De cualquiera modo que se torne la voz *fraile*, y, que se atienda a su derivación, que a su significación, es honradísima. Derívase de la voz latina *frater*, que significa *hermano*. La hermandad de los religiosos unidos debajo de un techo, o debajo de un instituto, ¿tiene algo de malo? El Espíritu Santo, en la pluma de David, la calificó de buena, y muy buena: *Ecce quam bonum, et quam iucundum habitare Fratres in unum*. Lo que significa, es mi hombre destinado al culto divino (sea debajo de este o de aquel instituto), consagrado a Dios, ministro de su casa, doméstico del Omnipotente. ¿Hay en esto alguna bajeza? No, sino nobleza suma. ¿Por qué, pues, se asquea la voz *fraile*?

Miremos las cosas a otra luz, y humanemos aun más la consideración. Todo lo que los hombres de razón estiman en los hombres (dejando aparte los bienes de fortuna, que son más objeto de la lisonja, que de la veneración) se reduce a tres capítulos: ciencia, virtud y nacimiento; o por lo menos, éstos son los principales. ¿Por cuál de estos tres desmerecerán los frailes? ¿Por la ciencia? Es sin

duda, que a la reserva de una religión sola, tantos a tantos sin comparación, más ciencia se halla en los religiosos, que en los seculares. Entre aquellos casi todos estudian; entre estos los menos, o sólo un poco de gramática. ¿Por la virtud? ¿Quién negará, que tantos a tantos se puede pronunciar en orden a este capítulo lo mismo que acabamos de decir en orden al de la ciencia? ¿Por el nacimiento? Hay muchos, muchísimos, muy nobles, y para todos se hacen pruebas de limpieza de sangre; en algunas religiones, como en la mía, también de limpieza de oficio. A vista de esto, ¿quién no se irritará de que innumerables trastos indignos, que hay en el mundo, despreciables por todos capítulos, ineptos para todo, sino para comer; ignorantes, torpes, rudos y aun de nada calificado nacimiento, hablen con aseó de los frailes, cuando entre éstos hay muchos, que aun atendido sólo el nacimiento, los exceden muchos codos; y si se hubiesen quedado en el siglo, no los admitirían por criados de escalera arriba? ¡Cuántos, sin más mérito que una peluca en la cabeza, miran los frailes allá abajo con un desdén fastidioso, como si, prescindiendo de todas las demás circunstancias, no fuese mucho mayor honra cubrir la cabeza con una capilla, de cualquier tela o patio que sea, que con una peluca!

Finalmente, señores seculares, eso de apellidar *frailada* a la acción ruin, o descomedida, en que tal vez caen uno u otro religioso, les aseguro que es una necesidad muy de marca mayor. O esa denominación significa, que es propio de los religiosos obrar así, o lo que coincide a lo mismo, que así obran comunísimamente; proposición, que (dejando aparte la cualificación que merece) evidentemente se convence de falsa por experiencia y por razón. Tantos a tantos, como arriba dije, en orden a ciencia y virtud, más pundonor se experimenta en los religiosos, que en los seculares. A la reserva de algunos poquísimos, siempre he visto a aquellos muy constantes en sus amistades, muy fieles en sus promesas, muy gratos a sus bienhechores, etc.

A esta experiencia sufragan dos razones de gran peso. La primera se toma de la educación de los religiosos, la cual es una continua instrucción en todo género de virtudes morales, en que son comprendidas las que acabamos de expresar, y todas las demás, que constituyen a un hombre pundonoroso, o como decimos vulgarmente, hombre de bien.

La segunda razón tiene fuerza más sensible. El motivo por que ordinariamente los hombres cometen acciones ruines es la nimia adhesión a los propios intereses. Falta éste al amigo, aquél al pariente, el otro al bienhechor, porque les tira más el propio interés, que la amistad, que la gratitud, que el parentesco. Ahora bien; es manifiesto, que el interés propio tiene más fuerza en los más de los seculares, que en los religiosos. Todos los casados encuentran a cada paso un grande estorbo para obrar con generosidad, en la atención que tienen al interés de su consorte y de sus hijos; tropiezo de que carecen los religiosos y demás eclesiásticos. ¡Cuántos, si no tuviesen otro motivo de interés, que el de la propia persona, le abandonarían bizarramente por obrar conforme a las leyes del pundonor, pero las conveniencias de la mujer y de los hijos, los arrastran y obligan a ejecutar alguna ruindad, que sin ese atractivo no ejecutarían. Aun respectivamente a los intereses puramente personales, si se hace el cotejo con los seculares de cortos medios, se hallará, que los religiosos están más desembarazados para obrar con honradez en las ocasiones que se ofrezcan. Los mismos seculares lo advierten esto, pues cuando algún religioso, poniéndoles delante su propio ejemplo, los exhorta a obrar con más pundonor y menos codicia, lo que responden es, que el religioso tiene seguro el plato, y ellos no. Luego, por cualquiera parte que se mire, más propio es de los religiosos obrar con honradez que de los seculares. Déjese, pues, esa simpleza de tomar las voces *fraile* y *frailada* hacia mala parte, o cuando más, estánquese ese uso de las voces en chozas pastoriles, mesones y tabernas.

Freeditorial 